

en este país. Solo de pensar que acaso llegaré á obtener ese título tan hermoso, siento turbarse mi cerebro. ¡Oh! lo compraría aunque me costase tanto como á la viuda de Felipe el Hermoso. — No comentaremos este monólogo.

Hemos descubierto el resorte principal que ponía en movimiento á Rosa, la causa de su amor para con David y de la decepcion de este.

CAPITULO III.

LA IRA ES MAL CONSEJERO.

Eran las seis de la mañana. Rafael con un sencillo traje, acababa de llegar á la casa de David. Este, envuelto en una larga bata, aunque casi vestido, estaba sentado en el sofá al lado de su amigo, á quien decía: — Estoy para acabar de vestirme y voy á hacerlo para que nos vayamos.

— Nada de eso, contestó Rafael, porque yo me marchó solo.

— ¿Cómo solo?

— Sí, el testigo del general y yo hemos convenido anoche en que yo iré por el general, y el testigo de este pasará por tí. ¿Supongo que querás saber las condiciones?

— De ninguna manera, me basta saber que al fin voy á batirme.

— En tal caso te dejo. Voy por el general, y en Mixcoac nos veremos. Concluye de vestirme porque ya vendrá de la Roca.

En este instante, y acompañando á su amigo hasta el porton le entregó un paquete diciéndole: — Guarda esto por lo que pudiere suceder.

— ¿Has pasado toda la noche escribiendo?

— Una gran parte de ella.

Rafael salió, y David entrando á una recámara cuyos únicos muebles consistían en un catre sencillo, una mesa de noche, cuatro sillas, un ropero y un pequeño bufete, se apresuró á concluir de vestirse y salió á sentarse en el sofá de la sala para esperar.

Apenas lo había hecho, cuando se oyó parar un carruaje á la puerta, y un lacayo dió á la vieja una tarjeta que la buena mujer llevó á David refunfuñando: « Vaya, que hoy han comenzado las visitas muy temprano. »

David, sin embargo de que conocía quién lo buscaba, esperó, impulsado por ese amor propio que nos obliga á cubrir las apariencias. No tenía mas que una criada. Su casa era pequeña, y deseaba hacer creer que su situación era menos escasa.

Tomó su sombrero pausadamente, y solo al atravesar el porton se apresuró á llegar al coche, en cuyo estribo estaba el paje, teniendo la portezuela para que pasase David.

Inmediatamente despues el carruaje partió á galope, rumbo á Tacubaya.

Antes de referir al lector la conversacion que se entabló entre David y de la Roca diremos una palabra sobre este.

Hijo de un honrado militar que había hecho la campaña de Independencia, la escasez de recursos le había impedido concluir su carrera. Se había propuesto ser abogado. Había llegado á ter-

1020006051

cer año de filosofía, cuando tuvo que desertar de las cátedras para buscar un modo de tener el dinero que su padre no podía darle, á fin de atender á las necesidades que se habia creado. Eran estas fumar unos tabacos descomunales, contar con un fondo para tener un *puntero* con que frecuentar una partida, que se habia organizado en pequeño, en una bizcochería de la calle de Alfaro.

Mientras cursaba la cátedra, allí era su estudio y no salia sino para llegar á su casa muy tarde sudoroso y fatigado. A los principios, para satisfacer esta necesidad habia trasladado los pocos libros que en su casa tenia al portal de Agustinos, en donde vendia los tomos por una octava parte de su valor que iba á dejar en seguida á la calle de Alfaro. Cuando concluyó su industria literaria, adoptó, como hemos dicho, una nueva profesion menos tardía en sus productos que la de abogado. Se hizo amanuense de uno de estos. Como nada le bastaba para pagar la contribucion que le imponian sus compañeros los hijos de Birjan, tuvo que recurrir al mismo medio de cambiar de residencia la librería del abogado, y un dia que

este notó la multitud de huecos que existian en los estantes de su biblioteca, le intimó que si no le daba exacta cuenta de las personas á quienes habia vendido sus libros, lo pondria en la cárcel. Prometió hacerlo, con tales muestras de sinceridad, que el abogado se fió de él, pero nuestro individuo en cuanto se vió libre salió de la capital en un caballo que pidió prestado á uno de los concurrentes al garito, y se marchó á encontrar una de las partidas de bandoleros que con el título de pronunciados asolaban las inmediaciones de Cuernavaca. De esta época databa su intimidad con el general, que con su proteccion lo habia elevado á la altura en que lo encontramos.

Cambiando un recíproco saludo, el coronel Roca dijo á David:

— Siento mucho el motivo que me procura el honor de conocer á Vd. Sin embargo, quiero aprovecharlo en su obsequio. Por lo mismo he querido que estuviésemos solos, para aconsejarle que se resolviese á dar una satisfaccion á mi amigo el general. Es un hombre aguerrido, de valor á toda prueba y por lo mismo...

— Caballero, Vd. no me conoce, contestó

David, y por eso me habla en esos términos. Lejos de ser lo que Vd. me dice un motivo para desistir, no hace mas que confirmar mi resolución.

La Roca habia herido la fibra mas delicada de David, y desde el instante en que pudo creer que el coronel lo amenazaba, sintió nacer en su alma un rencor implacable contra ese hombre, que tan poco apreciaba la delicadeza de David juzgándolo capaz de intimidarse.

La Roca quiso tocar otro medio, que sin embargo era equivalente al primero.

— No era precisamente, dijo á David, la idea de atemorizar á Vd. la que me hizo hablar; y como no me dejó Vd. concluir...

David guardó silencio, mordiéndose los labios de cólera.

— El coronel prosiguió: — Las cualidades del general, los importantes servicios que ha prestado á la nación y los que todavía espera de él el supremo gobierno, le dan una influencia extraordinaria en la actualidad; no seria extraño, por lo mismo, que si este negocio llegara á conocerse, tuviera Vd. que sufrir algunas persecuciones.

— Sea como fuere, contestó David, lo único que sé y que veo, es que el general me ha ofendido y que debo batirme con él.

— Por el contrario, añadió el coronel sin atender á lo que David decia. Si Vd. se resuelve á dar el primer paso para una reconciliación, lejos de sufrir cosa alguna le aseguro á Vd. que le procurará muchas ventajas con su influencia.

— Caballero, interrumpió David con violencia, terminemos esta conversacion.

— Ya que Vd. se muestra renuente á entrar en un avenimiento, no tomaré mas empeño; su amigo de Vd. me hizo presente que la primera obligacion de los testigos era evitar el lance, por eso he importunado á Vd. con mis amistosos consejos; por lo demás, soy un militar que conoce perfectamente los deberes del honor. — Y guardó silencio.

Como se ve, no podia ser mas importuno el consejero, y lejos de cumplir, hacia lo que la mayor parte de los que intervienen en tales casos, encender la cuestion en vez de apagarla.

Terminada la conversacion entre ambos interlocutores, siguieron caminando en un silencio absoluto.

Entregado David á sus reflexiones, no podía menos de considerarse culpable, al pensar en sus ancianos padres; ellos que lo amaban tanto, ellos cuyos afanosos cuidados lo habian rodeado sin cesar, cuyo esmero no se habia desmentido un solo instante. ¿Qué pensarían, cuando supieran que ese hijo tan querido tenia que expatriarse porque habia muerto á uno de sus semejantes? ¿Qué sentirían cuando viesen ante sus ojos el cadáver ensangrentado de aquel hijo en quien cifraban sus mas halagüeñas esperanzas? Sin duda que morirían de dolor... Y entretanto Rosa, la inconstante Rosa, ¿qué diría?

David se la representaba mas y mas pálida, llorosa, con las facciones desencajadas, acusándose de la muerte de su amante, de haber sido la causa; llamándole á gritos arrepentida de su conducta; otras veces, ¡ay! la miraba escuchar fria é indiferente la funesta noticia sonriendo con el general y casándose con él al poco tiempo, sin consagrarle un solo recuerdo.

Tales eran los tristes pensamientos de David, recorriendo el camino de Tacubaya. El campo, el agua, los árboles, todo hacia en él una dolorosa

impresion. A veces, creia que hubiera obrado mejor siguiendo los consejos de Rafael, y esto es natural; con raras excepciones, el amor á la vida se halla tan profundamente arraigado en nuestro corazon, que cuando nos amenaza la muerte con su mano descarnada, un calorífico interior se apodera de nuestra organizacion. Dígase lo que se quiera, esta es la verdad.

Pocos hombres no se habrán hallado en este caso; consulten á su conciencia y harán justicia á David.

Este, sin embargo, estaba dominado por otro sentimiento que ahogaba todas sus reflexiones; era la delicadeza. A su impulso, desaparecian como por encanto la imágen de sus padres, la de Rosa y el temor de la muerte.

Llegados á Tacubaya, el coronel quiso detenerse en casa de *François* para tomar una copa de *cognac*; era, segun dijo á David, una costumbre que no podia abandonar. Invitado David para acompañarlo, se excusó alegando lo inoportuno de la hora.

En consecuencia, el coronel bajó precipitadamente del carruaje, dejando en él á David, se

acercó á la cantina, y pidió una copa de *cognac* que se echó á pechos inmediatamente. Al sacar las monedas para pagar, echó una ojeada escudriñadora al comedor y fijó sus ojos en un individuo de mala catadura que se acercó á él, sacó la Roca un pliego del bolsillo y murmuró en voz baja: « Lleva esto á tu amo, » y salió en seguida de la fonda. No se habia detenido dos minutos. Volvió á entrar en el coche, y este emprendió de nuevo su marcha.

David seguia entregado á sus reflexiones.

El coronel guardaba tambien silencio, pero bajo su fieltro lanzaba furtivamente algunas miradas á su compañero de viaje.

Así llegaron á Mixcoac, atravesando sin detenerse por delante de la iglesia de San Juan, que está á la entrada del pueblo, y siguiendo hasta la plaza principal el carruaje se dirigió al portal de una casa situada en el costado izquierdo de la misma plaza. Allí estaba ya el coche del general.

Inmediatamente bajaron David y el coronel, subieron los tres escalones que estaban frente á un angosto zaguan, que atravesaron penetrando á

un ancho corredor, á cuyas paredes estaban fijos unos asientos.

Allí estaban Rafael y el general: este se adelantó á saludar al coronel, y Rafael á David, que se volvió hácia el general, para esperar el saludo que exige la cortesía entre caballeros; pero el general, ignorando las reglas establecidas para tales casos, volvió la cara sonriendo desdeñosamente. David se mordió los labios y esperó.

Rafael llamó aparte al coronel la Roca para darle cuenta del resultado de su comision, é informarse de lo resuelto por David. El coronel solo dijo á Rafael que David insistia sin escuchar razon alguna.

Rafael creyó que en efecto David habia despreciado absolutamente sus consejos; pero como el general por su parte se habia mostrado tambien renuente á entrar en arreglo, creyó inevitable el lance. Entretanto que ellos hablaban, el general se paseaba á lo largo del corredor, silbando una tonada vulgar para demostrar indiferencia. — David se paseaba tambien, pero con un aire natural, en oposicion á lo que hacia el general.

Entonces el coronel, siguiendo la conversacion, dijo á Rafael :

— Me parece que el sitio mas á propósito es un lugar que está á corta distancia de aquí ; es un espeso bosque de manzanos, en el centro está una plazoleta bastante extensa para que puedan bairse con comodidad nuestros ahijados.

— Consultaré con David, dijo Rafael.

— El coronel me propone que el duelo se verifique en un lugar próximo á esta casa, ¿qué te parece?

— Que estoy á lo que dispongas.

— Bien está, iremos allí, yo llevaré la caja de las pistolas. He convenido en que....

— Nada tienes que decirme, interrumpió David apretando la mano á su amigo, que correspondió afectuosamente á esta muestra de cariño ; y volviendo á unirse con el coronel, que hablaba en voz baja con el general, estamos de acuerdo, le dijo, y podemos marchar.

Entonces, dando el coronel al lacayo una primorosa caja de madera de rosa con embutidos de metal, y haciendo al criado una señal de inteligencia, salió del brazo de su ahijado, seguido de David y de Rafael.

Caminaron un trecho bastante largo, llegando en efecto á un bosque de manzanos que está situado en la orilla de la misma poblacion ; pero al llegar á la plazoleta se detuvo el coronel como reflexionando, y dijo volviéndose hácia Rafael y David : — Señores, he reflexionado que este lugar no es tan á propósito como juzgué al principio.

— ¿Y porqué? preguntó David sin poder contener su impaciencia.

— Porque seria fácil que nos viesen, está mas cerca de lo que yo habia pensado de la vereda que acabamos de dejar y que es tan frecuentada por los habitantes del pueblo. El ruido de las pistolas llamaria sin duda la atencion de los que pasan, y en tal caso no podríamos evitar ser vistos ; buscaremos otro mejor. — El general dirigiéndose al coronel :

— Bien te habia yo dicho que era mejor en la huerta de la casa.

— Ahora veo que tienes razon, pero nada hay perdido, unos cuantos minutos y nada mas. Si á Vds. les parece, volveremos, dijo dirigiéndose á los dos amigos.

A pesar de su impaciencia, David se reprimió y dijo :

— Está bien, volvamos : y retrocedieron á la casa.

Rafael comenzó á sospechar que el general no tenia mucha gana de batirse, y se alegró creyendo que de esta manera no tendria el duelo verificativo ; halagado por esta esperanza que no quiso comunicar á David, volvía á la casa que habian dejado. Tal era su placer, que no pronunció una palabra en el camino por temor de descubrirse.

Llegados á la casa, tuvieron que esperar en el portal á sus antagonistas que caminaban con suma lentitud. Cuando se hubieron reunido, el coronel, tomando de manos del lacayo la caja que antes le habia entregado, se encaminó á la huerta, en union de los otros. Atravesaron un patio pequeño en donde crecian los limoneros y los ahuacates dando sombra á las *bucamelias* y rosas que crecian á sus piés.

Abierta una pequeña puerta de madera blanca, se hallaron en la huerta.

Era un espacioso terreno en donde se veian en

desórden los perales, los manzanos, las guindas y los capulines. Dos calles atravesaban este espacio y estaban formadas por arcos de rosas de todos los colores conocidos. Un estanque pequeño, sombreado por dos hermosos ciruelos, alimentaba el terreno próximo, cubierto por esta causa de una magnífica vegetacion silvestre.

En el espacio que mediaba desde este sitio, hasta el centro de la huerta, en donde se elevaba un gigantesco nogal, no habia, por una rareza, ningun árbol, y por consiguiente parecia preparado de intento para el caso.

Hácia este lugar se dirigieron.

El general seguia silbando con su habitual fatuidad.

El coronel echaba miradas furtivas hácia la puerta.

David parecia extraño á lo que pasaba.

Rafael estaba conmovido.

Este dejó á su amigo para unirse con el coronel, que habia abandonado ya al general.

Entonces el coronel sacó una llave pequeña y abriendo la caja lanzó de ella una hermosa pistola de *Adams*, que mostró á Rafael. Este la tomó

examinando cuidadosamente sus muelles y la devolvió al coronel, que le entregó la otra. Pasado el exámen de esta, procedieron ambos al de la pólvora y las balas. Entonces dijo el coronel á Rafael :

— ¿Está de acuerdo el señor Zúñiga en nuestras condiciones?

— No ha querido saberlas, contestó Rafael.

— Es valiente, pensó el coronel, y luego dijo en voz alta :

— Con que la primera distancia cuarenta pasos, á la primera voz avanzarán diez cada uno, á la segunda prepararán colocándose en guardia baja, y á la tercera harán fuego.

— ¡Perfectamente!

— Cargue Vd. las pistolas, dijo el coronel.

Entonces Rafael con mano trémula cargó ambas pistolas, enseñando previamente al coronel la cantidad de pólvora que echó en cada una y las dos balas. Durante esta operacion, el coronel no había dejado de mirar hácia la puerta, lo mismo que el general, quien no perdió uno solo de los

movimientos de los testigos y de su antagonista. Cuando conoció que había terminado Rafael, y en el momento en que este entregaba una de las pistolas al coronel, el general, como impulsado por un movimiento de rabia, se acercó y haciendo una mueca significativa á su testigo, pretendió apoderarse de la pistola que Rafael tenia en las manos. Sorprendido el coronel, no pudo adivinar el objeto del movimiento de su amigo. Por su parte Rafael, creyendo de buena fe en el arrebato del general, evitó con un movimiento el que este se apoderase del arma, é indicándole la que tenia el coronel, dijo :

— Esa es la que corresponde á Vd.

Pasado este incidente midieron cuarenta pasos. Esta operacion la hizo el coronel con tal lentitud, que hubiera podido creerse que no tenia voluntad para terminarla ; pero al fin concluyó, y dando entonces el arma á cada uno de los antagonistas, á quienes impusieron de las condiciones, les designaron el lugar de donde debian partir.

El general, á pesar de la serenidad que había mostrado hasta ese momento, se puso lívido y tartamudeó con voz halbuciente algunas palabras

al oído del coronel. Este también estaba pálido.

David lo estaba también: su mirada era tranquila lo mismo que la de Rafael, quien dejaba traslucir su excesiva emoción. Entonces con voz ronca pronunció el coronel:

— ¡Una!... pero apenas comenzaron á avanzar, cuando el lacayo entró apresurado diciendo:

— Un teniente de policía pretendé entrar en busca de un reo.

Detuviéronse al entrar ambos contendientes, porque en efecto la persona anunciada se presentó antes de que el paje hubiera acabado de hablar.

El general y el coronel recobraron su pérdida serenidad y cambiaron una sonrisa significativa, que no fué notada por nuestros jóvenes. El policía se adelantó, y consultando un pliego preguntó:

— ¿Quién de Vds. es el señor David Zúñiga?

— Yo, dijo este adelantándose.

— Entonces tendrá Vd la bondad de seguirme, caballero.

— ¿Y con qué motivo? preguntó David con altanería.

— No tengo que dar á Vd. cuenta, y si Vd. resiste....

— Ya comprendo, pero antes de ser preso pagará cara su felonía, dijo David mirando con furia al general; y levantando la pistola á la altura de su frente, este retrocedió asustado, y Rafael contuvo á David por las espaldas, al mismo tiempo que el coronel levantó el cañon de la pistola. El tiro salió pasando la bala sobre la cabeza del general.

El policía sacando entonces su espada, la dirigió hácia David, introduciéndola en la mitad del vientre.

Visto esto, se apresuraron á retirarse los militares. Al subir al coche, dijo el general á su amigo:

— Un momento mas, y acaso yo soy el muerto. ¡Qué energúmeno!...

El coronel pronunció una interjección diciendo al cochero:

— ¡Al galope, á Méjico!...